

p. 39 no. 6
13590
20/

Centenario de los Sitios de Astorga.

ASTORGA

EN LA

GUERRA CONTRA NAPOLEÓN

POR EL CAPITÁN DE E. M.

D. TORIBIO MARTÍNEZ CABRERA



MADRID
Talleres del Depósito de la Guerra
1910

8

13890

loc. 1498

13890

142020

4/

Centenario de los Sitios de Astorga.

ASTORGA

EN LA

GUERRA CONTRA NAPOLEÓN

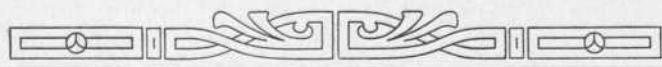
POR EL CAPITÁN DE E. M.

D. TORIBIO MARTÍNEZ CABRERA



MADRID
Talleres del Depósito de la Guerra
1910

~~~~~  
ES PROPIEDAD DEL AUTOR.  
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO  
QUE MARCA LA LEY.  
~~~~~

SEÑORAS, SEÑORES:

Invitado por la Junta organizadora de estas fiestas conmemorativas de hechos hazañosos de nuestros mayores, á que leyese en esta velada unas cuartillas relativas á los sitios de Astorga, no pude negarme al honor que se me hacía, si bien lamenté desde luego el único error en que incurrió esta dignísima Junta al elegir un medio tan insuficiente como lo soy yo. Para hablar de los méritos contraídos por el pueblo español en la contienda napoleónica; para hablar de los que derrocharon los astorganos que vivieron en las primeras decenas de la pasada centuria; para hablar de lágrimas vertidas á torrentes, de sacrificios físicos y morales prodigados sin tasa, de sublimidades patrióticas realizadas por nuestros abuelos, no sirven, en general, los nietos; no sirve, al menos, quien sintiéndolo todo hondamente, no acierta á exteriorizarlo; así pues, no esperéis nada bueno de este trabajo; no he de deciros nada nuevo de cuanto se relacione con los hechos guerreros realizados hace un siglo en nuestra querida Astorga; todos sabéis de memoria lo que yo pudiera deciros; todos sentís intensamente las glorias alcanzadas; y si lo sabéis todo, si lo sentís todo, ¿qué he de deciros yo esta noche sobre el particular? ¿Voy á molestar vuestra atención actuando de repetidor de opiniones

más ó menos apasionadas de los hechos? ¿Añadiría algo ni desde el punto de vista técnico militar, ni desde el puramente afectivo, al hermoso libro del héroe por excelencia de este centenario, del esforzado y nunca bien ponderado Santocildes? En ese libro, que no debiera faltar en los hogares astorganos, se dice todo, llano y sencillo, claro y exacto; en él se hace honor á los méritos contraídos por la población civil, con un sabor de afecto, como correspondía á las verdades referidas y sentidas por espíritu tan elevado como lo era el director de los Sitios de Astorga. Y si no acierto á añadir nada en el sentido apuntado, comprenderéis mi perplejidad, adivinaréis mi justificado temor, de no responder á lo que vuestra benevolencia quizá esperase de un militar que, aunque no nació en Astorga, se llama siempre astorgano; que adora á su patria chica y que siente extraordinaria debilidad por cuanto á las cosas de Astorga se refiere. Sin embargo, algo puedo yo deciros que no dice Santocildes en su libro por exceso de modestia; algo puedo yo contaros que quizá lleve alguna luz á vuestros conocimientos, respecto al papel desempeñado por Astorga en la gran epopeya nacional; este algo, es vindicar á nuestro pueblo de aquellas opiniones que, juzgando con ligereza las cosas, han creído pequeños los hechos militares aquí habidos, en comparación con otros análogos realizados por otras plazas; mi labor será procurar convenceros, como yo lo estoy, de que los sitios de Astorga, la obra de Astorga en la guerra contra Napoleón, tuvo excepcional importancia en el orden puramente táctico, como sitio de plazas; en el orden militar estratégico, por lo que Astorga significaba y sigue significando, y en el orden moral, en cuanto atañe á la bravura, tenacidad y paciencia benedictina derrochada por la población militar y civil de Astorga y sus contornos.

Importancia táctica de los sitios.—Hablar del sitio de una plaza, implica la existencia de esa plaza con las condiciones que la técnica militar de la época juzgue necesarias; una plaza que merece los honores de un sitio en regla en los primeros años del pasado siglo y por el mejor ejército del mundo, parece implicar que posee: 1.º *Zona polémica*, es decir, campo de tiro despejado (desprovisto de edificaciones), para que, estando perfectamente batido el terreno próximo á las murallas, sean eficaces los fuegos de la defensa, obligando esta eficacia á que el atacante se vea precisado á un avance lento, con difíciles trabajos de zapa para instalar las baterías á distancia y lugar oportunos. 2.º *Glasis* y camino cubierto, para que instalados en éste una parte de los defensores, y colocadas alambreadas, pozos de lobo y otras defensas accesorias en sus proximidades, puedan aquéllos molestar al enemigo en esos momentos supremos de avance lento, tanto más, cuantas más dificultades se hayan acumulado. 3.º *Foso* suficientemente profundo y ancho para que, aun supuesta abierta la brecha, sea difícil el acceso á ella, y sobre todo, para evitar ó hacer enormemente difíciles los trabajos de mina del atacante, facilitando en cambio los de contramina del defensor. 4.º *Escarpa* bien flanqueada, y en ella las cañoneras, aspilleras y parapetos necesarios para la conveniente instalación de la artillería é infantería. 5.º *Abrigos* á prueba de los proyectiles enemigos, en donde puedan estar seguras las municiones y descansar la guarnición las horas que no presta servicio activo. 6.º Fácil acceso de la plaza á la muralla. 7.º Abundantes repuestos de municiones de boca y guerra, y 8.º Guarnición convenientemente numerosa. Sin estas condiciones, los pueblos se consideran abiertos; y llamarles plazas, hablar con relación á ellos de sitios en regla, es sencillamente impropio ó

que el comportamiento de la defensa ha sido tal, que ha suplido con su valor é inteligencia las características antes dichas, inherentes á toda plaza fuerte. ¿Qué poseía Astorga para considerarla como plaza digna de ser sitiada por uno de los generales más expertos de Napoleón, y con un ejército numeroso y abundantes medios de batir?

Por zona polémica tenía los arrabales de Rectivía, San Andrés y Puerta del Rey, cuyas casas facilitaron el acceso del enemigo hasta el mismo pie de la muralla sin inconveniente alguno; no existía sombra de glacis, ni de camino cubierto, ni de foso; la muralla era, como muy bien dice Santocildes, una cerca sin parapetos ni cañoneras, ni nada que significase fortificación seria; guarnición escasa; municiones de boca y guerra insignificantes; abrigos, los pechos de los soldados y paisanos. A pesar de esto, Astorga mereció los honores de un sitio formal; la guarnición de Astorga, aun estando el enemigo á la vista, hizo salidas brillantes, no sólo para recoger víveres, sino para rechazar las avanzadas enemigas y destruir sus atrincheramientos; Astorga rechaza indignada una y dos veces las intimaciones de los generales franceses á rendirse; Astorga obliga al general Junot á reunir importantísimos elementos de su ejército cerca de sus débiles muros, cooperando así eficazísimamente á la derrota de Masena en Portugal; Astorga, en fin, durante el primer período del sitio, se manifiesta aguerrida, intrépida; los paisanos cooperan con los soldados en los sitios de mayor peligro, las mujeres no descansan, animan á sus maridos y á sus hijos para que defiendan su santo hogar y se presentan voluntarias para hechos heroicos, como lo fueron las que ayudaron á quemar las casas de los arrabales en donde se guarecían los enemigos. En el segundo período, Astorga se manifiesta heroica, la brecha está casi abierta, las

municiones de guerra faltan, los cañones están desfogonados, falta pan, falta agua, pero un día más puede dar lugar á los anhelados socorros, esperados inútilmente, de Manzanal y Fucebadón, y rechazan gallardamente las proposiciones de capitulación. En el tercer período, ya la brecha abierta, ya parte de los enemigos en ella alojados, la hermosa sacristía de la catedral ardiendo, sin elementos de ningún género para resistir, no cede tampoco, ni una queja ni un momento de debilidad en los defensores; Santocildes, en Astorga, no precisa publicar un bando en el que amenace con fusilar á todo el que pronuncie la palabra capitulación, como precisó el insigne Alvarez en Gerona; no fué el pueblo de Astorga, no, el que decidió á Santocildes á reunir á jefes y notables del vecindario en el Ayuntamiento para tratar de la capitulación, fué este bravo general quien, considerando inútil resistir por más tiempo y altamente perjudicial al pueblo, y quizás á la patria misma, continuar aquella lucha, aconseja una capitulación honrosa, no sin la inmortal protesta del inolvidable Costilla...

A Astorga es concedida una capitulación honrosa. Los periódicos ingleses y franceses cacarean su importancia; Astorga es digna ante los ojos del Capitán del siglo, ante el genio de la guerra, de figurar en el famoso arco de la estrella; Astorga tiene el honor de que su nombre sea dado por Napoleón á una de las calles de París; Astorga se cubre de gloria.

En Astorga se cumple aquella frase dicha por Bayardo á Francisco I, en 1520: *No hay plazas débiles cuando tienen gentes honradas que las defiendan.* Astorga, tácticamente, ha hecho más, mucho más de lo que se podía esperar de sus débiles muros y escasa guarnición. Astorga, tácticamente, en este primer sitio, no desmerece ante los demás sitios sostenidos en esta epopeya

por otras plazas hermanas; Astorga constituye un hermoso brillante de los infinitos que forman el colosal rosario de hazañas, cuya virtualidad dió por resultado el vencimiento del coloso del mundo por el gran pueblo español.

Reconquista de Astorga.—La reconquista de Astorga por nuestros soldados, lo que algunos llaman segundo sitio de Astorga, ofrece particularidades diametralmente opuestas al primero, y sugiere consideraciones que expongo ligeramente para no molestaros con cuadros tristes y momentos, no diré de abatimiento de nuestro ejército, porque jamás vaciló, jamás se apoderó de nuestros generales la duda en el triunfo definitivo de nuestra santa causa, pero sí de penalidades innúmeras y de privaciones tales, que es admirable se conservase sólida disciplina en soldados que casi desnudos, famélicos y sin más armas para combatir que su deseo de pelea y el ardor que les comunicaba el pueblo todo (tan hambriento y tan desnudo como los soldados), tenían que habérselas con enemigos bien pertrechados, vencedores en toda Europa, con generales hechos en la escuela del genio militar, del creador de la estrategia, del gran Napoleón.

Las circunstancias de este segundo sitio, digo que son diametralmente opuestas á las del primero, no sólo porque los sitiadores de ahora eran los sitiados de antes, sino porque la plaza defendida por Santocildes, desmantelada é indefensa en cuanto á fortificaciones se refiere, se ha transformado, si no en una plaza fuerte, sí en una plaza regularmente defendible; al posesionarse de ella los franceses, procuraron destruir cuanto á la defensa estorbaba y construir cuanto juzgaron conveniente al propio fin. Los arrabales, que en el primer sitio permitirían llegar sin peligro y sin zapa al pie de

la muralla, fueron demolidos, despejando así el campo de tiro; los puntos más vulnerables de la muralla, fueron reforzados con espaldones; en otros se construyeron fosos; se mejoraron los parapetos improvisados por los primeros defensores; se instaló convenientemente la artillería y se acumularon abundantes municiones de boca y guerra; vemos, pues, que las condiciones militares de la defensa habían mejorado notablemente. Las de los sitiadores habían empeorado, no sólo porque resulta evidente que las mejoras de una parte se truecan en perjuicios para la contraria, sino muy especialmente porque nuestros soldados, mal vestidos y peor alimentados, carecían de artillería de batir, carecían de medios eficaces para abrir brecha, puesto que las pocas piezas que con grandes trabajos llegaron de Ferrol y Jubia, eran de tiro curvo y no podían perjudicar más que á los infelices astorganos, como el propio Santocildes confiesa; por ésto, más que sitio resultó asedio; por ésto, hubo censuras para los sitiadores, sin fijarse quien las hacía en la realidad de las cosas; por éso, la rendición fué tardía, hasta el extremo de que ocho horas después de capitular la guarnición, cuando apenas había habido tiempo para retirar la artillería, fué ocupada nuevamente por fuerzas enemigas, y la momentánea alegría de los vecinos de Astorga se trocó en la triste realidad de verse otra vez acompañados de franceses. Con todas estas desventajas, nuestros soldados consiguen apoderarse de la guarnición francesa (uno de los objetivos del sitio) sin molestar demasiado al vecindario, y si hubo que abandonar la ciudad momentos después de conquistada, no fueron ciertamente culpables los sitiadores de Astorga.

Importancia estratégica de los sitios.—Siendo como es Astorga una plaza eminentemente estratégica,

cuantas operaciones se desarrollen en sus alrededores estarán siempre relacionadas con ese carácter estratégico, distintivo de la plaza. Siendo Astorga paso obligado entre Castilla y Galicia, el que la poseyese dificultaba indispensablemente las comunicaciones entre las comarcas citadas; así, pues, que los franceses veían mal parados los asuntos del noroeste de la península, necesitaban poseer á Astorga; que los españoles juzgaban oportuno operar ofensivamente de las montañas bercianas hacia los llanos leoneses, el primer paso era poseer á Astorga; de consiguiente, las luchas en Astorga eran tácticas, pero con fines esencialmente estratégicos, y si á esto se añade la consideración, ya apuntada, de que la tardía unión de Junot á Masena fué causa principal de la derrota de aquel general en Torres Vedras, y que esa tardanza no hubiese existido sin el sitio de Astorga, se comprenderá con cuánta razón afirmábamos que los sitios de Astorga tuvieron indudable importancia estratégica. Lástima grande, que acrecidas hoy las características estratégicas de Astorga, no se la mire con más atención desde el punto de vista militar, guarneciéndola con un batallón de cazadores, ya que difícilmente se encontrará en España punto más indicado á los fines que presidieron la creación de los batallones de cazadores de montaña.

Papel del pueblo; su comportamiento.—Y llega el momento de ocuparnos del pueblo, del papel que desempeñó en la contienda, de su bravura, de su valor cívico, de su enjundia moral, condiciones que lo han hecho el verdadero, el único, el gigantesco héroe de la gran epopeya. Claro, que al hablar de pueblo, hablamos de todos los españoles, del espíritu español que mantuvo durante seis años el fuego sagrado de la pelea; pero siendo cuanto aquí se diga, extensible á la

gran masa nacional, fácilmente se demostrará que el pueblo astorgano hizo merecimientos para que, si hubiese gradaciones definidas de valía, ocupase uno de los puestos preeminentes. Es sabido, que cuando Napoleón, después de habernos secuestrado á los reyes, dictaba disposiciones á la nación desde Bayona; cuando había llegado al momento culminante de su inmenso poder, al desarrollo más intenso de sus sueños de dominio universal, se trasladaron á la frontera gran parte de nuestros nobles y del alto clero para prestar acatamiento al César del mundo y nuevo señor de Iberia. Era entonces, cuando ante el arte incomparable del caudillo habían cedido las instituciones más gloriosas de los pueblos civilizados; cuando sus inmortales campañas habían deshecho imperios y reinos; cuando (como muy bien dice uno de nuestros mejores publicistas militares) el mundo todo, veía en aquel corso, salido de la revolución, la más vigorosa personificación de la planta hombre de Alfieri, Hércules laureado, que brillaba además en todas las manifestaciones del genio; era entonces, cuando sus águilas remontaban el vuelo desde nuestro Tajo al ruso Vístula, desde los arenales egipcios al mar del Norte; era entonces, cuando parecía inminente la realización de aquellos vastísimos planes acordados en Tilsit con el emperador ruso, por los que se intentaba dominar á Inglaterra, destruir completamente á Austria, y contando con nuestra absoluta sumisión, con nuestros recursos de la metrópoli y con nuestros puertos de Ultramar, realizar atrevidas expediciones á la India, conquistar el dominio pleno del Mediterráneo, y como lógica consecuencia, la solución definitiva del eternamente intrincado y laberíntico problema de Oriente; era entonces, en fin, cuando su actividad rayó en verdadero frenesí, dando órdenes conducentes á destruir rápidamente la hostilidad

que pudiera presentar España á sus planes; era, cuando Inglaterra miraba recelosa la transformación del mapa europeo y le atormentaba el temor del bloqueo; eran éstos los momentos más sublimes para Napoleón, y cuando nadie que no fuese nuestro pueblo, nuestro legendario Quijote, hubiese osado oponerse al Goliat de los tiempos modernos, cuando nadie se movía sin su previo permiso, cuando los reyes y los gobiernos estaban pendientes de su voluntad y prontos á obedecer sus imperativas órdenes; era un momento muerto en las luchas violentas de Europa: el sueño acariciado por César y Carlomagno parecía realizado en el isleño de Córcega.

Nuestros reyes eran ya prisioneros de Napoleón; nuestros nobles, repito, habían ido á rendirle acatamiento; todo parecía pertenecerle, hasta que el león hispano dió el rugido del memorable Dos de Mayo y el zarpazo inolvidable de Bailén.

Fué preciso que el pueblo protestase contra el inicuo despojo; fué necesario que un alcalde rural se inmortalizara declarando formalmente la guerra, y que una anciana patriota llorase en alta voz la emigración de la familia real, ya que ni el ejército por disciplina, ni los altos tribunales, ni los nobles, ni el alto clero habían tenido valor para protestar, ni quizás suficiente sensibilidad para percibir el verdadero estado de cosas, para percibir los latidos del pulso nacional.

Fué el pueblo español el que declaró la guerra; fué el que la sostuvo, el que cumplió la famosa predicción del gran Pitt, cuando afirmó en 1805 (después de la jornada de Ulm), *que la marcha triunfal del César sólo la contendría y anularía el pueblo español*; fué el que deshizo aquellos pujos de dominio universal á Napoleón; fué el que le volvió á la triste realidad; fué el que dijo con hechos al mundo, que los soldados de la *grand*

Armée podían ser vencidos por bandas mal armadas y generales improvisados; fué el que quitó el miedo á Europa y la rehabilitó para emprender nuevas luchas; fué el verdadero, el único héroe de la guerra.

¡Honor, pues, á tí, pueblo amado, que sin directores, sabes orientar á otras naciones, y siendo débil, vences á los titanes dominadores del mundo! ¡Honor á tí, pueblo español, que tuviste la fina percepción de la realidad; á tí, que, no dejándote contaminar con los ejemplos de gobernantes eunucos y degenerados, desapruebas virilmente su cobarde conducta y, recobrando las riendas de la soberanía que te fué despojada en Villalar, empuñas el cetro y salvas la Nación! ¡Honor á tí, valeroso pueblo, que no aceptas los derechos que te ofrece Napoleón, rehusándolos, no por los derechos en sí (que anhelabas), sino por ser oferta de un invasor! ¡Honor á tí, en fin, pueblo bendito, que después del vértigo de la lucha, después que recibes á tu deseado rey y comprendes que no responde á tu ideal, le haces saber que eres el único soberano, y aprovechas los restos informes de la sangrienta contienda para sobre ellos edificar los sagrados derechos de ciudadanía y libertad bien entendida! Bien por el pueblo que, por encima de la aureola napoleónica, á través de sus gigantescos triunfos, á pesar de gobernantes vivos y rapaces allá, indignos y despreciables acá, ve claro su deber y se pronuncia contra la invasión gabacha, dándose cuenta perfecta de lo que aún hoy se la dan pocos: de lo que dijo el insigne Cano, hace días, en el discurso que leyó en la Academia Española, con motivo de su recepción en la docta casa: *Que por los Pirineos no nos viene el progreso en ningún sentido, sino el contagio.*

Astorga tuvo la suerte de no contar afrancesados entre sus convecinos; de que su clero participase de la sed de lucha; de que su obispo, por no acatar las ór-

denes de Napoleón, fuese conducido preso á Madrid, y de que su Marqués, despreciando las ventajas ofrecidas por Murat y los Bonaparte, fuese uno de los que constituyeron aquella memorable Junta Central de Gobierno, que se distinguió por su acertada dirección y actividad, y con los Jovellanos, con los Floridablanca, con los Muñoz Torrero, fué uno de los directores del pulso nacional, viviendo en él y en aquella Junta el verdadero credo español; sí, Astorga tuvo la fortuna de que su Marqués realizara aquel accidentado viaje de Madrid á Aranjuez, de Aranjuez á Toledo y Talavera, de Talavera á Trujillo y Sevilla, y desde Sevilla á Cádiz, ya entonces presidiendo la Junta, por muerte de Floridablanca (no sin sufrir las persecuciones de Jerez), para poner los cimientos de aquellas famosas Cortes reunidas en el único rincón que no fué hollado por el ejército invasor. Astorga, con su pueblo, con sus nobles, con su clero, presenta quizás el único ejemplo de rara unanimidad en apreciar la dignidad nacional; Astorga, volvemos á repetir, es digna de ser calificada de Sobresaliente en el gran certamen de 1808 á 1814.

Comportamiento y vicisitudes de los astorganos durante la guerra.—Las ciudades de León y Astorga fueron de las primeras que declararon la guerra á los franceses y que organizaron juntas de defensa; el entusiasmo era grande entre la población, y no hay que decir, que las dificultades de las juntas al crear batallones de voluntarios no estaban en los hombres, ya que todos, sin distinción de categorías sociales ni edades, acudían presurosos á inscribirse en las listas, sino en los armamentos, vestuarios y municiones; de este modo no es de extrañar que en los reveses de Cabezón de la Sal, Río seco y Espinosa de los Monteros figurasen muchos astorganos muertos y heridos, empe-

zando en estos desastres el verdadero calvario de nuestros abuelos, pues no sólo se limitaban á dar hombres para nutrir los cuerpos de los incansables *Blake* y *Cuesta*, sino que los heridos de tales jornadas se trasladaban á la ciudad, y cada casa era un hospital, cada astorgano un enfermero, cada astorgana una hermana de la Caridad. Sufre Astorga con admirable resignación patriótica las calamidades inherentes á la permanencia en sus casas de heridos y leprosos, pues con la carencia de medios sanitarios y la aglomeración de pacientes, se desarrollaron enfermedades contagiosas, de las cuales fueron víctimas muchas familias; sufre más tarde el licencioso trato de los 10.000 ingleses de la división *Blaird*; sufre el saqueo continuo que la Junta de defensa hacía, para alimentar y vestir á nuestras tropas; presencia espectáculos tan poco edificantes como comunes en la guerra, tales como el de que sus muebles sirvan de combustible para la cocción de los ranchos; sufre las angustias y zozobras que precedieron á la llegada de las primeras tropas francesas á la población, tropas que inspiraban horror al bondadoso vecindario, tanto más, cuanto que los heridos y enfermos de Ríoseco daban adecuado medio para juzgar el fruto de sus obras de dolor y exterminio; sufre aquellas angustiosas horas del 29 de julio de 1808, en que el pregonero anunciaba á los vecinos la próxima llegada del enemigo, para que cuantos quisieran se salvaran emprendiendo la marcha al Bierzo, conteniéndose la mayoría por la actitud valerosa del obispo, que, como sabéis, contestó á las preguntas que se le hacían en aquellos azarosos momentos, *que él y la Junta permanecerían en la ciudad sucediera lo que sucediera*; sufre poco después el paso del huído ejército inglés de Benavente hacia Coruña, de aquel ejército de 40.000 hombres que se retira precipitadamente por un sólo camino, arra-

sándolo todo, sin reparar en otra cosa que en llegar á sus barcos de Coruña; sufre los desdenes con que el general Moore trata á nuestro Marqués de la Romana; sufre la llegada de Napoleón con sus numerosas fuerzas; sufre el intenso dolor de ver arcabucear á algunos de sus vecinos, por supuesto delito de haber rematado á algún gabacho; sufre el despótico trato de los soldados de Soult; sufre los continuos servicios de guías y bagajes, y la requisa de cuantos efectos posee utilizables por los ejércitos. Con tanta calamidad, con tal continuidad en la desgracia, no es de extrañar, no, que de 600 vecinos que tenía al iniciarse las hostilidades, se redujesen á 200 al empezar el sitio; éste es un dato elocuente é irrefutable de las penalidades sin cuento sufridas por Astorga antes de los sitios.

Durante los sitios y en el tiempo que medió entre uno y otro, ya sabéis lo ocurrido, ya conocéis el comportamiento heroico del vecindario, pero bueno es que recordemos un momento siquiera la especial situación á que se vió reducida la población civil de Astorga cuando era defendida por los franceses; imaginemos el dolor intenso de aquellos ciudadanos obligados á cooperar á una defensa en contra de sus hermanos; es seguro que entre todas las penalidades sufridas por los astorganos, ninguna puede compararse con ésta, ninguna llegaría á herir tan intensamente como ésta el alma patriota de aquellos bravos. Termina el segundo sitio, y momentos después de abrazar á sus libertadores, nuevamente pasan por el dolor de ver evacuada la ciudad por nuestras fuerzas y posesionarse de ella á los franceses, en la cual continúan con ligeras interrupciones hasta primeros de 1813, en cuya época queda nuestra querida Astorga libre de enemigos definitivamente.

No es de extrañar, no, que con calamidades tales se

redujese la población de Astorga á la tercera parte, y se calculasen las pérdidas materiales sufridas durante la guerra en millón y medio de duros, que no ha recobrado aún, á pesar de las promesas hechas por los gobiernos.

Tampoco se nos juzgará ahora hiperbólicos por haber afirmado que el comportamiento del pueblo astorgano había sido sobresaliente en esta guerra, y que en comparación con lo hecho por otras poblaciones, no resultaba vencida ni quizás igualada, habida cuenta de las circunstancias apuntadas.

Tal ha sido el honroso papel desempeñado por los astorganos en la guerra contra Napoleón; pero antes de terminar dediquemos un recuerdo á la población rural de las inmediaciones de Astorga, que se sacrificó como ella, que sufrió penalidades sin cuento como ella, que vió sus hogares invadidos por la soldadesca amiga ó enemiga constantemente; que por circunstancias que no se os ocultan, padeció desde ciertos puntos de vista humillaciones á que seguramente no se vió nunca reducida Astorga; es evidente que Astorga, en poder de nuestras fuerzas ó de las enemigas, tuvo siempre en su Junta, en su inolvidable corregidor, en su prelado, en su cabildo, un poderoso freno contra la licencia y el abuso de la soldadesca; en la capitulación de 22 de abril de 1810, ya veis cómo una de las condiciones exigidas era el respeto escrupuloso á la población civil; pues bien, esto demuestra el celo con que la Junta atendía á la custodia y dignidad del hogar; pero en los pueblos rurales, en donde los hombres faltaban casi siempre por estar al servicio de nuestro ejército, donde los franceses no veían limitada su osadía más que por la protesta de infelices mujeres indefensas ¿queréis decirme qué de cuadros ocurrirían?... Astorga sufrió; Astorga se portó como correspondía al emblema

que ostenta en sus armas; pero los pueblos rurales del contorno sufrieron igualmente, se portaron igualmente como buenos; en ellos permanecieron largas temporadas las tropas enemigas, y sus sufrimientos, su cooperación á la gran causa nacional, bien merece nuestro recuerdo.

Siendo yo niño, un octogenario me hablaba mucho de la estancia de los franceses en Andiñula, y, entre otros detalles, me decía: «los franceses estaban en este pueblo muy contentos, y, en general, en todos los maragatos, porque como las casas son grandes, les servían bien de cuarteles; en nuestras salas dormían los jefes y soldados; en nuestros grandes corrales aparcaban el material de artillería y los carros, y en nuestras cuadras alojaban sus caballos; nuestras provisiones eran devoradas por los soldados en la plaza, después de cocidas en grandes ollas; nuestros sembrados eran forrajeados; los pañuelos de seda de nuestras madres se utilizaban para rellenar los bastes de las acémilas francesas, y nuestras hermanas permanecían ocultas días y días en las *tenadas*, y se desfiguraban el rostro para no ser vistas y evitar la persecución de aquellas fieras...»

El relato de este testigo presencial de los sucesos ocurridos en mi aldea, dan idea de lo sufrido por todas, y él justifica sobradamente, que al cantar las glorias de Astorga les dediquemos un cariñoso homenaje de simpatía, y que al gritar ¡Viva Astorga!, gritemos también: ¡Vivan sus pueblos rurales!

He dicho.



LOC

149

1